

ASALTO AL MUNDIAL
TEMPORADA 3 | EPISODIO 02 | GUIÓN

Miranda Carrete

Todos los países del mundo que tienen ligas de fútbol, casi sin excepción tienen sus propios grupos de violentos y para todos ellos, el teatro mayor fueron, son y serán los mundiales.

En *Asalto al mundial*, Gustavo Grabia nos revela el lado oscuro de la gloria. Desde el iniciático Uruguay 1930 -con la famosa batalla del Río de la Plata- hasta lo que se espera de la copa del mundo en Rusia 2018.

Federico Martín

Vení, vení pasá. Esto es No-ficción, el podcast de libros de Penguin Random House Grupo Editorial.

Miranda Carrete

Gracias por acompañarnos.

Federico Martín

En No-ficción leemos con vos.

Miranda Carrete

Te invitamos a descubrir nuevos mundos.

Federico Martín

Un viaje sin escalas por de la mano de los autores más reconocidos.

Miranda Carrete

Hoy: *Asalto al mundial. Barrabruvas, política y negocios.* Un libro de Gustavo Grabia. Publicado por Editorial Sudamericana.

Gustavo Grabia «[...] la Argentina entraba en una espiral de violencia como nunca antes había visto en su historia moderna. Montoneros pasaba a la clandestinidad y la Triple A del secretario personal y ministro de Acción Social de María Isabel Perón, José López Rega, había comenzado ya su reguero de sangre con los emblemáticos crímenes del diputado nacional Rodolfo Ortega Peña y Silvio Frondizi. [...] Tiempo más tarde ocurrió un hecho ineludible en el fútbol argentino, como fue la primera manifestación de Montoneros en un estadio de fútbol tras la dictadura. Todo se desarrolló en el viejo estadio de Estudiantes de La Plata, que recibía el 16 de mayo de 1976 la visita de Huracán, aquel equipo que en el maravilloso torneo Metropolitano que ganó en 1973 y mientras en el país el peronismo tras dieciocho años de proscripciones generaba la campaña “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, su hinchada cantaba: “Lo dice el Tío, lo dice Perón, hacete del Globo que sale Campeón”. Huracán era, por entonces, el equipo que más se identificaba con el peronismo de izquierda. Y aquella tarde de 1976 quedaría expuesto. El partido transcurría por los carriles normales, con dos tribunas repletas de hinchas ya que el equipo de Parque Patricios venía puntero e invicto. Hasta que en el entretiempo, la hinchada de Huracán alzó una bandera con una única leyenda: Montoneros. La Infantería se movilizó hasta debajo de los tabloneros de madera y se desató una represión que terminó con un asesinato por parte del Estado: el del hincha Gregorio Noya, que había asistido al partido junto a su hijo. Ese hecho y la idea de que también la hinchada de San Lorenzo estaba integrada por elementos “subversivos” llevó a la Policía a tomar la decisión de infiltrar con efectivos de civil a las barras de todo el país».

Federico Martín

En Asalto al mundial Gustavo Grabia, el mayor experto en el tema de la violencia del fútbol, narra como nadie el lado oscuro de la gloria del deporte más popular de la Argentina.

La genealogía de los barras se despliega desde el primer muerto en el Mundial de Uruguay en 1930 hasta los entretelones de lo que será Rusia 2018 pasando por el recibimiento deshonoroso a la vuelta de Inglaterra de 1966 -donde se los

apodó “Animals”-, el reclutamiento para perseguir opositores en el Mundial de 78, la excursión fallida a España por la Guerra de Malvinas, los combates contra los Hooligans en México 86 y Francia 98; la relación con la camorra napolitana en Italia 90, el safari por Sudáfrica 2010 y las burlas a la Policía Federal y a la Justicia que desde Brasil emitían barrabravas con la entrada prohibida. Una historia celeste, blanca y rojo sangre.

Gustavo Grabia *«Yo empecé a trabajar sobre la violencia en el fútbol a partir de una experiencia personal, que tenía que ver con que lo que yo había vivido con mi padre, no podía empezar a transmitirlo y a vivirlo con mi hijo. En aquel momento porque había una violencia circundante en los estadios muy grande. Mi hijo era menor y yo prefería no exponerlo y después directamente porque el Estado me prohibió vivir esas experiencias. [...] Para un hombre argentino, compartir con su descendencia el momento del fútbol: es una experiencia indescriptible. Si yo me constituí como hombre, muy probablemente esa constitución haya tenido que ver con los viajes, domingo a domingo que hacíamos para ir a la cancha ya sea de local o de visitante, en donde se daban un montón de espacios y de tiempos para charlar, mucho más allá del fútbol. Era el espacio de encuentro entre dos familiares que se querían mucho pero que quizás se encontraban a partir del fútbol. [...] eso fue lo que a mi me impulsó a ver qué se podía aportar desde el periodismo para desentramar o para disminuir un poco el grado de la violencia. Cuando yo empecé a investigar eso me encontré con un entramado mafioso que iba muy por encima de la idea que la gente tenía de la violencia, que era 20 inadaptados contra 20 inadaptados. Esto no fue, no es, ni será nunca así. Hay un montón de condimentos, de paraguas políticos, de relaciones judiciales, policiales, de un gran negocio alrededor de la violencia y a partir de eso... me surgió la necesidad imperiosa de contarle a la gente que si no puede ir a la cancha, que si no puede ir con su familia a disfrutar de un espectáculo, si no puede vivir lo que a la gran mayoría de los argentinos les gusta vivir, que es el espectáculo deportivo del fútbol, que es una pasión para los argentinos, tiene que ver con un montón de cosas que no están en la superficie. Y que para poder volver a recuperarlas hay que miraras. Hay que analizarlas. Hay que ponerlas sobre la mesa y hay que ayudar entre todos a terminar con eso».*

Federico Martín

Hay que remontarse un siglo atrás para encontrar el germen de la violencia barrabrava en la selección. Claro, aún no se llamaba así a los grupos de hinchas que se radicalizaban y terminaban produciendo bataholas con heridos y hasta víctimas fatales, ni el dinero era determinante como hoy. El huevo de la serpiente se engendró mucho antes de que el mundo conociera la palabra “barra”.

El primer reporte siguiendo al equipo nacional data de 1916, cuando se disputó en la cancha de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires el primer Campeonato Sudamericano de Selecciones, antecedente de la actual Copa América.

Eran los dos países rioplatenses quienes disputaban el orgullo de ser los mejores del continente. Ambos habían vencido con claridad a Chile, pero al momento de enfrentar a Brasil la selección albiceleste sólo logró un empate en cero, mientras que los charrúas se alzaron con la victoria por 2 a 1. Así llegaron a la última fecha con la Celeste arriba por un punto sobre la Argentina, que debía ganar para quedarse con la Copa.

El partido se iba a jugar a las dos de la tarde del 16 de julio de 1916 pero apenas duró cinco minutos. La multitud que se acercó al club GEBA desbordó la capacidad y, ante el riesgo de que alguien saliera lastimado, el árbitro chileno Carlos Fanta suspendió el encuentro. Lo que siguió fue una muestra ingenua de lo que conoceríamos en las décadas por venir: un primer tumulto con la policía y una salida caótica, que incluyó faroles y autos rotos y dos tabloncillos del estadio de madera incendiados.

Gustavo Grabia *«A mi lo que más me sorprendió quizás [...] ver la génesis de las barras bravas argentinas mucho antes del primer mundial. Hay eventos que uno podría denominar de proto-barrabravismo de alguna manera, desde los primeros, desde los albores del siglo XX relacionados a la selección argentina.»*

Y me parece que eso es una historia que no está contada. [...] Toda la historia de los barras bravas argentinos vinculados a la selección parece haberse iniciado en 1986 con la famosa pelea de los barras argentinos contra los Hooligans en el mundial de México. [...] Pero todo lo anterior parece como que no existiera en el imaginario popular y no sólo existe, sino que existe con un grado muy importante de violencia y un grado muy grande de complicidad política. [...] Quiénes eran los colaboracionistas. [...] Cuáles eran las reuniones que habían entre los altos mandos de la policía, altos mandos de la dictadura y altos mandos de las barras para hacer cursos de acción en las canchas para impedir manifestaciones opositoras. Eso a mí, sí me sorprendió porque tuve que ir a buscar y hablar con gente que me rememorara aquellas épocas que pasaron hace tanto tiempo».

Federico Martín

En 1930 llegó al calendario deportivo el primer mundial de fútbol y la sede elegida fue Montevideo. El motivo para elegir esta primera sede fue que Uruguay ostentaba el bicampeonato olímpico gracias a las medallas doradas ganadas en los Juegos de París 1924 y Ámsterdam 1928. Era de esperar que la recepción para los argentinos no fuera la mejor. Y que los nuestros, acompañando a la selección, no pensaban dar un paso atrás. La Argentina compartía grupo con Francia, Chile y México.

El debut triunfal 1 a 0 contra los franceses mostró una gragea de lo que se vendría. Todos los diarios de la época coincidieron en que los hinchas uruguayos les revolearon todo tipo de proyectiles e insultos a los argentinos durante los 90 minutos de juego. Apenas el árbitro Gilberto de Almeida pitó el final, muchos decidieron invadir la cancha para insultar a los jugadores argentinos, lo que creó un clima de tensión que provocó la descompensación del delantero argentino Roberto Cherro, que terminó desmayado.

Tuvo que intervenir el propio presidente uruguayo, para garantizar la seguridad a jugadores e hinchas y así lograr que la selección siguiera jugando.

Como era de esperar, ambos países rioplatenses terminaron llegando a la final. El chauvinismo ya estaba instalado y los medios argentinos hicieron poco por frenarlo. Más cuando se supo que los jugadores estaban siendo amenazados de muerte por los uruguayos.

Cuando esto se supo al otro lado del Río de la Plata, los argentinos decidieron ir en masa a Uruguay a bancar la parada. Treinta mil de los nuestros intentaron subirse a los barcos al grito de *“Argentina sí, Uruguay no”* y *“Victoria o muerte”*. Pero más de la mitad no logró ingresar al país vecino. Entre la niebla que complicó el viaje y la requisita exhaustiva de la policía uruguaya en la frontera, que tenía la orden de que no ingresara casi nadie, apenas diez mil lograron llegar al Parque Central, donde se jugaría el encuentro. Y no la pasaron nada bien ante los sesenta mil uruguayos que coparon el estadio.

Antes del partido, por las calles del puerto montevideano, un grupo de locales paseó un féretro con los colores albicelestes, una práctica que se realiza hasta el día de hoy en las canchas de este lado del río.

En el campo, la Argentina jugó un primer tiempo como si nada de esto estuviera pasando. Y se fue con una victoria parcial de 2 a 1 a los vestuarios. Pero el entretiempo guardaba malas noticias. Más amenazas de muerte y 300 soldados uruguayos con bayonetas esperando en la línea de cal.

En ese contexto y con la complicidad del árbitro belga John Langenus, quien aceptó 50 años después que había un clima de guerra, Uruguay dio vuelta el partido por 4 a 2. La barra uruguaya, como si el triunfo fuera poco, esperó al plantel y a los hinchas argentinos en el puerto, que debieron subir en lancha por detrás a los barcos para no ser atacados. Si el fútbol había nacido como una forma de confraternizar entre las naciones, eso estaba definitivamente enterrado.

Gustavo Grabia *«El barrabravismo argentino es una categoría particular porque si vos los comparas por ejemplo con los Hooligans de Inglaterra, no tiene nada que ver. Absolutamente [...]no tiene que nada que ver. A tal punto que los Hooligans [...] son gente de extrema derecha y gente que se va a ir a pelear en principio tratando de mostrar la supremacía británica sobre todas las cosas. Los ultras alemanes son exactamente lo mismo. El barra brava argentino es distinto. El barra brava argentino... yo lo cuento en un capítulo del mundial de Francia que fue el verdadero mundial del negocio de los barras porque, cualquiera podrá recordar que era una época de, supuestamente un peso, un dólar y los argentinos eran los nuevos ricos en Francia porque claro llegaban con muchos dólares porque era un peso, un dólar. Un mundo absolutamente ficticio que vivía el país y ellos se dieron cuenta que podían hacer mucho negocio, además del negocio que ya habían realizado con la dirigencia deportiva, con la policía, con la política de aquel entonces, muchos negocios con sus propias entradas. Porque las entradas valían mucho en dólares. Y ellos tenían muchas porque para nosotros el dólar era un valor bajo. Y el barra argentino no iba a la cancha, Se dedicaba a cometer delitos en Francia y a poner sus propias entradas, sus propias entradas, la propia entrada del barra en el circuito de reventa. Porque generalmente el barra del club consigue las entradas para el circuito de reventa pero además consigue entrada a la cancha. Ahí ya no importaba, el tema no era ni siquiera ir a la cancha. En algunos lugares ni iban a la cancha. Y eso es una característica muy particular del barra argentino. El barra argentino no es un barra de fútbol es un barra de una mafia de negocios que está anclada en el fútbol. Todo lo que es violencia en el resto del mundo tiene que ver específicamente con esta cuestión, absolutamente loca, de matar o morir por el fútbol. Acá es matar o morir por los negocios del fútbol, que es una cosa diferente».*

Federico Martín

En Francia 98 toda la cuestión giraba alrededor de la recolección de fondos. Ya había varias barras anotadas para tomar la Bastilla y los argentinos vivíamos lo que quedaba del uno a uno. Viajar a Europa era un plan no sólo posible sino que muy accesible. Los violentos del tablón tomarían champán

por los Campos Elíseos, ante la mirada incrédula de los parisinos que se cruzarían de vereda tan sólo verlos.

El embajador francés en nuestro país, Paul Dijoud, declaró en aquel entonces: *“Pido que la Argentina tenga la responsabilidad moral de no enviar al mundial gente peligrosa”*. Se esperaba una reacción oficial ante semejante excursión. Y el temor de los barras por una prohibición estaba latente, aunque se disipó a velocidad crucero: Adrián Pelacchi, exjefe de la Policía Federal y secretario de Seguridad Interior del gobierno por entonces, afirmó: *“El que no tenga impedimento judicial para salir del país, podrá viajar a Francia. La libertad de desplazamiento está garantizada por ley”*. Igual, era una farsa: con el antecedente de los pasaportes truchos para ir a Estados Unidos en 1994, los barras sabían que el gobierno menemista no pondría ningún palo en la rueda, como al final terminó ocurriendo. Viajaron unos 150 barras de Boca, River, Chacarita, Los Andes, Independiente, Racing, Talleres de Remedios de Escalada, San Lorenzo, Nueva Chicago, Banfield, Laferrere y All Boys, entre otros clubes.

Fue tan bizarro todo que el propio Luis Barrionuevo, que ya era un peso pesado del sindicalismo menemista, armó una conferencia de prensa para contar que los diez jefes de la barra de Chacarita, el club del cual Barrionuevo era presidente, irían al mundial como premio por la buena conducta que habían desplegado en los estadios argentinos. *“Es un obsequio que les hacemos porque por su buen comportamiento nos ahorramos dinero en los operativos policiales. Además, quién puede negar la importancia que tiene en un estadio el aliento permanente de la hinchada”*.

¿Suena insólito? Lo es, tanto como la forma en que consiguieron los pasajes: gracias a una gestión de Julio Grondona, los sacó en una agencia y a precio de costo. La Asociación de Fútbol Argentino se encargó de canjearle los tickets y el alojamiento fue en un convento de monjes trapenses que estaba lejos del centro, camino al barrio La Défense, y para achicar costos

compartieron el lugar con la murga menemista que encabezaba el rosarino Carlos Tula. Una parábola exacta de la Argentina de esos tiempos.

Gustavo Grabia *«[...] la violencia en los mundiales estalló para el gran público argentino en los últimos dos mundiales. El mundial de Sudáfrica donde [...] veían todos azorados cómo desde... se hacían viajes chárter de barras bravas todos pagados por organismos estatales, llevándolos al mundial de Sudáfrica y cómo se copaba del lugar de violencia ese mundial. Que además terminó con un saldo muy trágico para los argentinos. En el mundial del 2014 pasó lo mismo [...] competía la habilidad y los goles de Messi para llevarnos hasta la final del mundial con una saga insólita de barras bravas desafiando la prohibición de ir a la cancha. Quizás muchos recordarán al Bebote Álvarez como símbolo de esa impunidad. [...] yo lo que quise hacer es contar la historia, no de la violencia de esos dos mundiales donde se sorprende el público argentino sino irme a la historia de toda la violencia relacionada con la camiseta de la selección y encontrar que es una violencia que tiene su génesis muchísimo tiempo atrás que tiene un determinado desarrollo en los primeros años, cómo va mutando y cómo se va transformando en un botín, básicamente económico, ser la barra de la selección. Me parece que poder contar eso era ayudar a comprender el fenómeno de lo que va a pasar dentro de unos meses cuando vos estés mirando por televisión el partido y digas "y esos 300 que están ahí... ¿cómo llegaron?" Bueno, quería contarte eso. Cómo llegaron esos 300 ahí y cómo llegaron esos 300 o 500 en cada mundial, en cada momento y qué fue lo que produjeron, para entender que nunca es gratis que vaya esa gente al mundial. Siempre lo terminamos pagando nosotros como sociedad».*

Federico Martín

Asalto al mundial incluye crónicas de época, testimonios rescatados del silencio y un catálogo alucinante de anécdotas que dan cuentas de la mezcla única que se da en nuestro país entre pasión y violencia. Una historia jamás escrita sobre cómo los violentos de distintos equipos tejen alianzas o se enfrentan salvajemente para llevar los colores de la selección argentina, vistiendo una camiseta manchada con sangre.

Gustavo Grabia «*Algunos creen que el sonido de la violencia es un grito o es un golpe seco y yo creo por el contrario que el sonido de la violencia es absolutamente mudo. Es el sonido de los que ya no están y ya no están por culpa de la violencia en el fútbol. Me parece que también el grito de la violencia es el sonido o el silencio de la complicidad pasiva de un montón de gente que deja que esto se siga extendiendo a lo largo del tiempo, como si acá no hubiese pasado nada. [...] Si el sonido más agradable en el fútbol es el grito de gol. El sonido que se contrapone a ese es el silencio. El silencio que se ha producido a partir de la violencia*».

Miranda Carrete

Gustavo Grabia es egresado de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires y de la escuela del Círculo de Periodistas Deportivos. Entre 1996 y 2016 trabajó en el diario deportivo Olé como editor, donde se ganó su lugar como el mayor especialista argentino en temas de violencia en el fútbol.

Es autor del best seller *La Doce. La verdadera historia de la barrabrava de Boca*, de los libros *Disquisiciones sobre la habilidad* y *El Club del Fin del Mundo* y es responsable del volumen 100 años de Ferro.

Actualmente es columnista del canal TyC Sports, del programa *Intratables* en América TV, del portal Infobae.com y del ciclo radial *Y ahora quién podrá ayudarnos en Radio con Vos*.

Miranda Carrete

Hoy leímos: *Asalto al mundial. Barrabravas, política y negocios*. Un libro de Gustavo Grabia. Publicado por Editorial Sudamericana.

Federico Martín

Si te interesó esta propuesta, también te recomendamos *Che Pep*, de Vicente Muglia: Cómo el fútbol argentino, sus jugadores y técnicos han influido sobre el mayor director técnico europeo y cómo este ha cambiado la manera de jugar de los argentinos.

Miranda Carrete

¡Encontralos en todas las librerías o hacé clic en la descripción de este episodio y compralos ahora mismo en ebook o en su versión de audiolibro!

Entrá en megustaleer.com.ar para encontrar mucha más información.

Recordá suscribirte a No ficción en tu app de podcasts favorita para no perderte ningún episodio.

Federico Martín

*No ficción es una producción original de Penguin Random House Grupo Editorial.
Una realización de Tristana Producciones y Mariano Pagella.*